

The book cover features a central black rectangular area with a decorative, ornate border. The background of the entire cover is a light beige color with a subtle, repeating pattern of stylized floral and leaf motifs in a slightly darker shade. The title is written in a large, elegant, white cursive font. Below the title, there is a thin horizontal line, and the author's name is printed in a smaller, white, sans-serif font.

*Abogado, Juez
y Diabolo*

Julia Elena Sáenz

Contenido

CAPÍTULO 1

*LA HISTORIA DE MI ABUELA DOÑA
SALOMÉ* 5

CAPÍTULO 2

MI MADRE KUANZA Y YO..... 37

CAPÍTULO 3

*DECIDIMOS IRNOS: OTRO CONTINENTE,
OTRO MUNDO* 46

CAPÍTULO 4

MI VIDA Y ALGO MÁS 52

Dedicatoria

Dedico esta novela a Dios, a mi hija, Ana Raquel y, a mi esposo, Rodney, por ser ellos la luz que ilumina mi vida.

CAPÍTULO 1

LA HISTORIA DE MI ABUELA DOÑA SALOMÉ

Hoy, a mis 100 años de vida, encontrándome en pleno uso y control de mis facultades mentales y, luego de haber sido educadora por más de cincuenta años he decidido sentarme a escribir, en la enorme terraza de mi casa, frente al mar, ese mar que tantas veces me ha visto leer, escribir, estudiar y preparar mis clases de Derecho Penal, que luego impartiría a un grupo de entusiastas estudiantes deseosos de convertirse en abogados, para ejercer la abogacía, una de las profesiones más nobles y, a la vez, más ingrata que existe.

¡Saben mis queridos lectores!, nací en el pequeño pueblo de Boca Ancha, ubicado en el

litoral atlántico, de la provincia Prosperidad, de la República Canalera. Cuna, de grandes hombres y mujeres de letras, dedicados a la filosofía, la educación y el Derecho. El año en que nací, en realidad no importa, porque la edad es un concepto etéreo, lo importante es que el ser humano pueda transmitir sus ideas en forma correcta. Sin embargo, les diré que a la edad de 15 años soñaba con enseñar el mundo infinito de las letras a todas las personas que tuviesen deseo de aprender.

Viviendo en un pueblo hermoso, poseedor de verdes campos, árboles frondosos y frutales, flores de todos los colores y especies, pero distante de todo aquello que llamamos progreso, le dije un día a mi madre, y, a mi abuela, quiero ser maestra y abogada. Entonces, recuerdo como si fuera ayer, que mi abuela, mujer rolliza, mediana estatura y grandes brazos, exclamó: “Hija mía, ¿cómo vas a lograr eso?, ¡no ves que tienes muchos

aspectos en contra!. Abuela, ¿por qué tú dices esos? Hijita mía, muy sencillo, nos falta dinero, eres mujer y, además, eres de un pueblito que estoy segura no aparece ni siquiera en el mapa.

Luego de conversar con mi abuela, me fui cabizbaja y me senté frente al mar, ese mar que siempre ha sido mi cómplice; y, mirando hacia lo lejos se me acerca una anciana de origen antillano, a quien nadie, sólo yo, le hablaba en el pueblo. Era una anciana solitaria, sin familia, que solamente trajo consigo sus costumbres religiosas de carácter afroantillanas. Al verme tan triste, me dijo, por qué tan triste mi capullito de alelí; y, le dije, porque me han cortado las alas antes de volar. Entonces se sentó junto a mí, mirando el ancho mar y, me dijo, anda, cuéntale a esta mulata, a tu Mama Mulata qué es lo que te pasa, qué es lo que te acongoja. Fue así como le contenté la conversación que había tenido muy

temprano en la mañana, con mi mamá y mi abuela. Luego de escucharme calladamente y sin interrumpirme, Mama Mulata me dijo: no estés triste, te espero mañana a esta misma hora, aquí en este lugar, pide permiso para que puedas pasar la tarde conversando, aquí, conmigo” Le dije, está bien, Mama Mulata, nos vemos mañana y le di un gran beso y abrazo.

Al llegar a mi casa, me encontré en el portal a mi abuela tejiendo un mantel para poner en la mesa en nochebuena, y, le pregunté abuela pero todavía faltan 11 meses y 20 días para que sea la próxima navidad, ¿por qué, estás tejiendo desde ya el mantel para navidad si todavía no hemos terminado de pasar esta? A lo que mi abuela me contestó, porque todas las cosas, bien hechas, toman tiempo, pero no trates de desviar la pregunta que estoy por hacerte. Deborah, quiero que me digas en este mismo instante qué hacías conversando en la playa con la

vieja bruja de Mama Mulata. Pero, abuela, cómo sabes que estuve hablando con ella. Deborah, tú, sabes que tu abuela lo sabe todo en este pueblo, no hay nada que no suceda sin que tu abuela, Doña Salomé, lo sepa antes que se lleve a cabo. Pues, te diré mi querida, abuela, simplemente Mama Mulata me vio observando la inmensidad del mar, me preguntó qué me pasaba y me escuchó atentamente, además, me dijo que te pidiera permiso para ir mañana a la misma hora, para vernos en la playa y, que conversáramos al respecto. Está bien, te doy permiso, dile a tu madre; pero ten cuidado con esa vieja bruja, no te vaya a llenar la cabeza de pajaritos preñados, con tanta locura que habla. Está bien abuelita, me le acerqué, la abrasé, le di un beso y le dije: te quiero abuela. Al entrar a la casa, vi a mi madre cocinando un pan de maíz y, me dijo: ya escuché lo que le dijiste a tu abuelita, está bien, mañana me cuentas que te dijo Mama Mulata, es más, voy a preparar unas

galletas de coco que le gustan mucho para que se las lleves mañana con una botella de chicha de saril. Está bien mamá, me voy a dormir, a lo que mi madre contestó: que Dios, la virgen, San Miguel Arcángel y los santos te cuiden.

A la mañana siguiente, luego de bañarme y desayunar el nutriente desayuno que me había preparado mi abuela, me dirigí con las galletas de coco y la chicha de saril, hacia la playa donde ya se encontraba esperándome mama mulata. Corrí hacia ella, le di un fuerte abrazo y le entregué lo que le mandaba mi mamá. Siéntate, mi capullito de alelí, debajo de esta gran sombrilla y sobre esta manta, que traje de las Antillas. Escucha, capullito de alelí, Dios nos ha dado a cada uno, de los seres humanos, libre albedrío; esto quiere decir, que somos nosotros mismos quienes a través de nuestras decisiones forjamos nuestro propio destino, esto en cuanto a un cincuenta por ciento, pero existe también

otro cincuenta por ciento que corresponde al destino o libro de la vida, y por consiguiente, ya está escrito para cada uno de nosotros. Es sobre ese cincuenta por ciento que ya está destinado a nosotros, que quiero hablarte.

No creas, mi querida Deborah, que no sé lo que la gente del pueblo dice que soy una bruja. Quiero que sepas que no es así. En realidad, yo, María Bárbara de la Caridad, que es mi verdadero nombre, y apodada Mama Mulata, soy una guía espiritual. Nací con un don que heredé de mis antepasados que nacieron en el continente africano. Ese don consiste en que puedo percibir la energía, ya sea buena o mala, de las personas; así como también, puedo ver en sus ojos, manos, la arena y el agua de mar, el cincuenta por ciento del destino de las personas, ese porcentaje del cual te hablé que ya viene predeterminado pero que requiere del esfuerzo, tesón, sabiduría y decisiones acertadas de las personas, ya sea para consolidarlo o cambiarlo.

Recuerdo que escuchaba atentamente a Mama Mulata pero no comprendía nada de lo que me estaba diciendo.

Una vez que Mama Mulata termina de comer las galletas de coco y el saril que mi mamá le envió, empieza a entonar una hermosa canción mirando al mar atentamente, en lengua yoruba. En ese momento, aunque no entendía, la lengua yoruba, no sé porque razón empecé a sentir una profunda paz en mi corazón. Al terminar de cantar, le pregunté a Mama Mulata que por qué había cantado así; entonces ella me contestó, que estaba hablando con la virgen del mar.

Después de finalizar el canto, Mama Mulata me miró atentamente a los ojos, luego tomó mis manos y observó fijamente la palma de cada una de ellas, de forma tal, que parecía que estaba leyendo un libro. Escucha, con atención, capullito de alelí, lo que te voy a decir con relación a tu futuro. Mi niña, tú, serás una mujer que estará vinculada

siempre con la educación, las letras y la justicia; tendrás grandes honores, recibirás premios, tu nombre trascenderá las fronteras de este país, ocuparás altos cargos públicos y, sobretodo ayudarás a muchas personas. Sin embargo, Deborah, va a depender de ti y tu visión de futuro para enfrentarte al sinnúmero de obstáculos que se te van a presentar en la vida para que se concrete todo lo que el destino tiene dispuesto para ti. En vista que se había hecho tarde y Mama Mulata no se sentía bien, nos despedimos y cada una se retiró a su casa.

Al llegar a mi casa, mi mamá, estaba en la terraza y me indicó que la mesa estaba lista para que empezáramos a comer. Durante la cena, mi abuela, me preguntó qué tanto conversaba con Mama Mulata, a lo que le respondí, cosas sobre la vida y el destino abuelita. Mi abuela, solamente giraba la cabeza y decía tonterías de una vieja igual a mí y se empezó a reír a carcajadas.

Pasaron los días y con ello las fiestas de ese diciembre, de repente un día, a eso de las dos de la mañana, bajo un fuerte aguacero, llegó a la casa Mama Mulata pidiendo hablar con mi abuela. Mi mamá abrió la puerta y le dijo: ¡tía, que te sucede!. Al escuchar esto, yo no sabía que estaba pasando y pensé porqué mi mamá le ha llamado tía a Mama Mulata pero no hice comentario. Mi mamá me dijo, corre Deborah y despierta a tu abuela, dile que su hermana está aquí.

Corrí a la recámara de mi abuelita y la desperté, le dije que Mama Mulata estaba en la sala pidiendo hablar con ella, que su mamá le había dicho tía y que, además, su mamá, le había dicho que era tu hermana. Cuando terminé de hablar mi abuelita me contestó, hay muchas cosas que todavía no sabes mi adorada Deborah, pero creo que llegó la hora de contar la historia. Ven, acompáñame a ver que sucedió.

Cuando llegué con mi abuelita, a la sala, Mama Mulata y mi madre, estaban conversando en los sillones y de repente un gran silencio. Entonces mi abuelita me dijo, siéntate mi niña en tu sillón que yo me sentaré en el mío. Por favor, Mama Mulata, dime que te trae por acá, a esta hora.

Bien, hermana, hace escasamente cuatro horas llegó a mi casa un carruaje, con un emisario de la casa de nuestro padre, para decirme que éste había fallecido hacía tres meses y que nuestro hermano nos estaba enviando a buscar; a todo esto, le dije, que yo tenía que conversar contigo y que volviera en tres días para ver qué habíamos decidido al respecto. Fue entonces cuando mi abuela Salomé, me miró y me dijo, querida Deborah, ya es momento que te contemos toda la verdad, por favor, escucha atentamente y no me interrumpas.

Deborah, es importante que sepas que Mama Mulata y yo somos hermanas y

princesas, ya que somos hijas del Rey Kalala, quien es rey de un país llamado Ajabu, que se encuentra muy lejos de aquí, en el continente africano. El Rey Kalala, era hijo del Rey Reno, cuya madre era una princesa del reino Theluji y su padre era un esclavo del reino. Al ser la madre de nuestro padre una mujer rubia, de los ojos azules, nuestro abuelo tenía una tez de color blanca, ojos en forma de almendra y color miel, con cabellos apretados, ensortijados y negros.

Bien, nuestro abuelo (el Rey Reno), lo arrancan de los brazos de su madre, ya que nadie podía enterarse de lo que había sucedido, la encierran en su habitación, hasta que al año muere de tristeza. Por otra parte, a su padre le quitan la vida, lanzándolo a un precipicio desde la montaña más alta del reino Theluji.

El rey Reno, es entregado, por su abuelo, a unos sirvientes para que lo ahogaran en el río, pero ellos no lo hicieron y escaparon con

él, cuando tenía dos días de nacido, al reino Jua, todo dentro del continente africano. Cuando los sirvientes llegan a este reino, se dirigen a un hostel donde preguntaron si necesitaban personas que les ayudasen con el trabajo del lugar, que ellos solamente pedían a cambio techo y comida, en ese momento se encontraba en ese lugar uno de los mayordomos de los reyes del reino Jua; al escuchar esto, les preguntó que por qué habían dejado el país donde ellos vivían y, rápidamente, les dijeron que no aceptaban niños en el reino.

El mayordomo del reino Jua, le preguntó qué tiempo tiene el niño, a lo que le respondieron: solamente ocho días de nacido. Al escuchar esto el mayordomo, les dijo inmediatamente, vengan conmigo al castillo porque ya tienen trabajo. Cuando llegaron al castillo, el mayordomo les dijo que lo esperaran en la cocina mientras él conversaba con el rey Nzuri.

El rey Nzuri, recibe al mayordomo y le dice que por qué quería verlo con tanta urgencia, es que acaso no sabía que estaba muy preocupado por la salud de su esposa, la reina Wema, ya que estaba en labores de parto y lo más probable era que el bebé muriera, según le indicó la partera. Fue entonces que el mayordomo le dijo, rey Nzuri, es por eso que me urgía conversar con usted. Le comenta que en el hostel del pueblo había encontrado a una pareja con un bebé recién nacido, que le contaron una historia que él no creyó y, que decidió traerlos por si acaso su primogénito fallece.

Rey Nzuri, por qué no los recibe y conversa con ellos, a lo que el rey Nzuri aceptó. Fue entonces que la pareja le cuenta la verdad al rey Nzuri; él observa al bebé y nota que tiene el mismo tono de piel de ellos y rasgos físicos similares y, que además, estaba recién nacido. Cuando está hablando con ellos, entra nuevamente el mayordomo

para decirle que corra a la habitación de la reina Wema, porque el bebé nació muerto. Inmediatamente el rey Nzuri, los llevó a la habitación contigua a la de la reina, les dijo quiero que me entreguen al niño y, a cambio tendrán siempre trabajo en el castillo, les daré una parcela de tierra y les construiré una casa, pero jamás podrán decir la verdad, porque si lo hacen les quitaré todo y los desterraré de mi reino. Todo el mundo guardó el secreto y el rey Nzuri y la reina Wema (quien nunca supo que su verdadero hijo había muerto en el parto y que Reno era hijo de otras personas) criaron a Reno como si fuera su hijo.

Pasaron los años y el rey Nzuri muere, entonces el príncipe Reno se convierte en el Rey Reno, su madre la reina Wema estaba muy orgullosa.

La reina Wema, era una mujer muy buena pero muy apegada a las tradiciones y costumbres de su reino, razón por la cual

siempre le dijo al rey Reno que jamás le permitiría casarse con una mujer que no perteneciera a la realeza y, así, se lo hizo prometer a su hijo que se casaría con la mujer que ella escogiese y, que todo lo hacía por el bienestar del él y de su pueblo, ya que los reyes se deben a su pueblo. A todo esto, el Rey Reno aceptó y jamás contradijo a su madre, la Reina Wema.

Sin embargo, querida nieta, Deborah, recuerda que la historia tiende a repetirse.

Con el pasar del tiempo el Rey Reno se enamora de una esclava del reino, quien era una hermosa y rolliza mujer de tez negra; con perfectos, alineados y brillantes dientes de color blanco; cabello ensortijado de color negro. Al poco tiempo, ella le dice que está embarazada. Esta situación confundió y preocupó al rey Reno, quien inmediatamente se lo contó a su madre, ya que entre ellos existía una gran confianza y amistad. El rey Reno todo se lo consultó siempre a su madre, la reina Wema.

La reina Wema, sin saber que iba a repetir su historia, le dijo a su hijo, que no se preocupara, ya que su amiga, la reina Uovu (quien era reina de un país llamado Mwezi y, además, habían sido amigas desde niñas), le había comentado que su hija estaba embarazada y que ella había soñado que su nieto fallecía al nacer. Entonces el rey Reno, le dijo, pero madre que me quieres decir con esto, pues nada, que si al final del embarazo, ya que ambas tienen el mismo período de gestación, muere el nieto de mi amiga, le damos el hijo que engendraste con la esclava. A todo esto, el rey Reno aceptó, pero no le dijo nada a la esclava y, a petición de su madre, la mantuvo oculta en una cabaña en lo profundo del bosque.

La reina Wema, inmediatamente le encontró una esposa a su hijo y la elegida fue la hija del Rey Bahati, quien era una hermosa princesa de nombre Maizi; se casan y tienen un hijo, a quien pusieron por nombre Príncipe Huzuni.

Por otra parte, como se temía la reina Uovu, su nieto fallece y acuerda, con su amiga la reina Wema, que le entregaran el hijo que el rey Reno, su hijo, tuvo con la esclava. De tal forma, que le dirían a la princesa Furaha (hija de reina Uovu), que ese niño era el que ella había parido. Es ese niño, quien le llamaron el Príncipe Kalala, que una vez fallecido su padre (el rey Guerrero), se convierte en el Rey Kalala.

El Rey Kalala se casa con la Princesa Tumaini, con quien engendra dos hijas: la princesa Maisha (que soy yo, tu abuela Salomé) y la princesa Nuru (que es tu tía abuela María Bárbara de la Caridad; a quien conoces como Mama Mulata).

Después, de todo esto que te he contado, mi querida Deborah, es probable que estés muy confundida y tengas muchas interrogantes, pero espera a que concluya la historia.

El Rey Kalala y la Reina Tumaini, nuestros padres, forjaron un hogar maravilloso, en

el cual había amor, comprensión, armonía, paz y tranquilidad. Cuando yo tenía 8 años y mi hermana 6, nuestra madre queda embarazada por tercera vez, dando a luz un hijo varón a quien pusieron por nombre el príncipe Sujili.

Con el correr del tiempo, todos crecimos, llegando a las edades de 13 años, tu tía abuela, Mama Mulata; 7 años, tu tío abuelo, el Príncipe Sujili; y, 15 años, yo, tu abuela Salomé.

Deborah, en esa época, hubo cruentas guerras en todo el continente africano; cada reino quería conquistar a otros reinos para que su poderío y territorio fuera mayor cada día. Además, de los países de otros continentes que querían ir a someter a nuestros pueblos. Creció en aquellos tiempos la idea de la supremacía del hombre blanco con respecto al hombre negro. Estos últimos, eran comprados como esclavos y fueron objetos de toda clase de vejámenes,

pero también el hombre negro sometió y esclavizó a su propia etnia.

Te cuento todo esto, porque a raíz de lo que te acabo de decir, se desató una guerra entre el Reino del Rey Kalala y el Reinado del Rey Huzuni, este último invade al primero. El motivo de la guerra fue el apoderarse de los yacimientos de oro, cobre, bronce, esmeraldas, diamantes, rubíes y zafiros que tiene el territorio de Ajabu. Lo que no sabían ambos reyes es que ellos eran hermanos de padre.

El Rey Huzuni, al invadir el país de Ajabu, se apodera del Palacio Real, lugar donde vivíamos, y nos toma como sus rehenes. A los cinco, nos confinan en tres de las veinticinco habitaciones del Palacio Real (este palacio contaba con cinco mil metros cuadrados de construcción, en un terreno de mil hectáreas). Nuestra madre al ver todo lo que estaba pasando, nos llamó a mi hermana y, a mí, a una habitación aparte y conversó

con nosotras, diciéndonos lo siguiente: “Amadas hijas, desde hace mucho tiempo he venido presintiendo esto que ha sucedido ahora, quiero que sepan que, aunque no se los he dicho, puedo ver el futuro y presentir algunas cosas antes que sucedan. Es por ello, que he venido guardando alhajas para que ustedes tengan medios económicos que le permitan salir de este país a otro continente. La decisión ha sido muy difícil, ya que su padre y yo no podemos salvarlos a los tres, uno de ustedes se tiene que quedar con nosotros para que nadie sospeche, por lo que hemos decidido que su hermano, el Príncipe Sujili, se quede con nosotros en el Palacio. Les coseré en su ropa, las alhajas y piedras preciosas que he podido esconder sin que nadie se diera cuenta. No pueden confiar en ningún país vecinos porque todos están apoyando a su tío Huzuni. Así como lo oyen, es su tío y les voy a contar la historia. Además, tengan estos documentos que hacen constar quiénes son ustedes.

Antes, que amanezca ustedes dos, solitas, deben caminar hasta lo más profundo del bosque, lleguen a la cabaña donde hace seis meses atrás las llevé, en ese lugar las estará esperando una anciana (ella no les hablará y ustedes tampoco deben hacerlo, solamente le darán un beso en la mano derecha y ella les dará a cada una de ustedes un beso en la mano izquierda. Si esto no sucede, corran y corran hasta que la pierdan de vista).

La anciana las llevará a su casa donde pasarán el día y cuando anochezca las conducirá hasta orillas del río, donde las estarán esperando en un bote, un anciano y su esposa (ambos estarán vestidos de blanco y sin zapatos), ellos los llevarán donde el río se cruza con el mar y, en ese lugar, habrá un barco que los llevará hasta las Antillas, específicamente a Jamaica. En este país, los recibirán dos parejas de ancianos (esposos), quienes se encargaran de establecerlas en ese país. Cuiden sus

alhajas, planifíquense económicamente y siempre estén unidas, aunque, a veces, tengan que estar separadas.”

Después que nuestra madre nos dijo esto, lloramos juntas en silencio. Nuestro hermano nos vio arreglándonos y antes de partir nos dijo que jamás nos perdonaría que lo hubiésemos abandonado.

Todo sucedió como nuestra madre nos indicó y llegamos a Jamaica. En este país, pudimos comprar una propiedad, algunos muebles, pero a pesar de todas las medidas de precaución que tomamos, a los cinco años de estar en Jamaica, llegaron desde nuestro país, Ajabu, unos matones contratados por nuestro tío, ya que nuestro hermano nos delató, mucho tiempo después, a cambio que le permitiera salir del Palacio Real (con vigilancia), se le contrataran profesores que lo educaran y, llegado el momento, lo designaran en un alto cargo público.

En ese entonces, yo me había enamorado de un militar del ejército francés, de nombre Felipe y estaba embarazada de tu madre. Tu tía abuela, era una joven y entusiasta psíquica, quien se enamora sin saber de uno de los sicarios que habían enviado para matarnos.

A Felipe le avisan que corra a la casa de su novia, porque dos sicarios iban a matarla junto con su hermana. Él llega, con dos amigos, hay un cruce de disparos, el muere y nosotras salimos corriendo y nos refugiamos en la casa de una de las parejas de ancianos que nos recibió, cuando cinco años atrás llegamos a Jamaica. Le contamos lo que nos había sucedido y nos dijeron que no podíamos estar más tiempo allí. Es por ello, que ese mismo día y con solamente nuestros documentos y un poco de dinero que lograron reunir los ancianos, nos embarcamos hacia la República Canalera, llegando al Puerto del Coco, en el pueblo de Bahía Hermosa.

Al llegar al pueblo, yo venía embarazada y con muchos malestares, tanto físicos como psicológicos, nos alojamos en el único hostel del pueblo, que todavía existe, el muy conocido Rincón de la Esperanza. Recuerdo que Mama Mulata, preguntó el precio y le dijo que nos alquilaran un cuarto con dos camas. La dueña del hostel, nos dijo que sí, pero que ellos tenían una habitación que tenía un pequeño balcón y un baño dentro, que ella creía, que era el que debíamos alquilar por encontrarme embarazada. Ella nos dijo, que era probable que necesitara estarme levantando constantemente al baño, los vómitos, que en fin, tendríamos mayor privacidad. Mama Mulata me miró y dijo: está bien, lo tomaremos. Fue entonces cuando la dueña del hostel, nos dijo: inmediatamente se lo arreglo, pero tienen que pagar por adelantado. No me malinterpreten, pero es que no las conozco y no quiero tener problemas. Está bien señora, le pagaremos un mes, que es el tiempo que necesitamos para instalarnos.

Cuando Mama Mulata y yo llegamos a la habitación, le pregunté que cómo íbamos hacer, si le habíamos pagado con todo nuestro dinero y, que no nos quedaba ni para comer. Fue entonces cuando ella me respondió: no te preocupes, hermanita, acuéstate, que me alcanza para comer hoy y mañana.

Ese mismo día Mama Mulata salió rumbo al mercado y fue puesto por puesto ofreciendo sus servicios para ayudarles a limpiar o, atender al público. No fue hasta que llegó al último puesto de venta de víveres, en el mercado, cuando una anciana le dijo: “A ver niña, tú qué sabes hacer y por qué quieres trabajar”. Vengo de muy lejos, mi hermana está embarazada y necesitamos comer. Entonces, la anciana, le insiste con muchas preguntas, a lo que Mama Mulata le contestó: Señora, la verdad es que mi hermana quedó embarazada de su novio y mis padres la echaron de la casa, y, decidí acompañarla, no dejarla sola. Es

por eso que estamos aquí. Al escuchar, esta historia la anciana no preguntó más nada, simplemente le dijo: esta historia se parece a la mía, con la diferencia que no tuve una hermana que me acompañara; pasé muchas penurias y debido a que tuve que trabajar tanto, para no morirme de hambre, durante mi embarazo, mi hijo nació muerto. Anímate, muchacha, empiezas a trabajar hoy mismo, pero estas serán las condiciones: llegarás todos los días a las cinco de la mañana hasta la una de la tarde y te pagaré diario la cantidad de cinco dólares y, además, te daré una bolsa de víveres para que puedas darle de comer a tu hermana.

Mi querida Deborah, así se dieron las cosas hasta que a los quince días de estar trabajando con la anciana, ocurrieron dos acontecimientos que marcaron el destino de nuestras vidas, estos fueron el nacimiento de tu madre, a quien puse por nombre Kuanza y, la muerte de la anciana. Cinco días antes de que la anciana muriese, le dijo a Mama

Mulata que el Espíritu le había manifestado quiénes éramos nosotras en realidad, que teníamos que irnos de ese lugar, porque si no lo hacíamos nos iban a matar, pero que también le había dicho el Espíritu que tenía que ayudarnos. Que por eso, prestara atención a lo que le iba a decir. Mira niña, ya el Espíritu me dijo que en cinco días me muero, mi tiempo ya se cumplió, por eso ya vendí este puesto de venta de víveres a un soldado norteamericano jubilado que decidió venirse a retirar a estos solitarios parajes; me entregó el dinero, toma estos cinco mil dólares son para ustedes y con estos doscientos dólares cubres todos los gastos de mi funeral. No le digan a nadie hacia donde van. Deberás irte tú hacia un pueblo que se llama Costa Esmeralda y tu hermana se deberá ir hacia el pueblo de Boca Ancha, deja que pase un tiempo y después te vas a vivir al mismo pueblo que tu hermana pero sin que la gente sospeche el parentesco que hay entre ustedes dos.

Deborah, en la vida, a veces hay que seguir los consejos que nos dan, por muy descabellados que estos parezcan. Pues bien, hijita mía, Mama Mulata tomó el dinero que le dio la anciana, llegó al hostel y me contó todo lo ocurrido. Acordamos que cada una se quedaría con dos mil quinientos dólares, esperamos los cinco días que le dijo la anciana, ésta falleció, la enterramos y cada una se fue a su destino sin decirle a nadie.

Mama Mulata llegó a Costa Esmeralda, compró una casa por quinientos dólares y empezó a trabajar como aseo del único hotel que tenía ese lugar; además, empezó a predecirle el futuro a las personas, en vista que era muy acertada se fue haciendo de una clientela e instaló en su casa una habitación para realizar sus asesorías espirituales. En este tiempo, Mama Mulata, se volvió a enamorar, esta vez, era un hombre apuesto, elegante y con mucho dinero, de tez blanca;

pero, pertenecía a la familia más acaudalada del pueblo y sus padres jamás le permitieron casarse con ella, por ser una mujer de tez negra y bruja, según ellos. Una vez más, decepcionada y, habiendo transcurrido cinco años, Mama Mulata, decidió vender todo y dirigirse a Boca Ancha y ponerse en contacto conmigo.

Cuando Mama Mulata llega al pueblo de Boca Ancha, vestida con su gran bata de color blanco, ancha y larga, con un hermoso turbante de color azul turquesa en la cabeza, no tardo mucho tiempo para que todos en el pueblo dijeran ha llegado una bruja, tengan cuidado con esa mujer.

Mama Mulata compró la casa que tiene y donde ha vivido siempre, averiguó donde yo vivía y, en una madrugada como hoy, llegó y me contó todo lo que le había pasado, dónde estaba y, acordamos tratarnos despectivamente en público y, de esta manera no despertar sospechas. Nunca se

casó, no se volvió a enamorar y nunca tuvo hijos. Ha vivido siempre de la venta de los vegetales y verduras que siembra en el patio de su casa.

Abuelita, pero qué pasó contigo. Espera un poco mi niña, no comas ansias.

En cuanto a mí, salí de Puerto Coco, con mi hija Kuanza, tu madre, en brazos, y llegué al pueblo de Boca Ancha, lugar hermoso, donde la crie y tú naciste. Pero no nos fue fácil, querida nieta. Primero, compré esta propiedad en la cual hemos vivido hasta ahora, compré un puesto en el mercado con el dinero que me quedó pero la persona que me lo vendió, me estafó, ya que no era el dueño, el solamente alquilaba el lugar y el legítimo propietario estaba de viaje. Los papeles de la venta del puesto eran falsos, así que cuando el dueño real regresó me lo quitó y la persona a quien se lo había comprado se había ido del pueblo. Sin poderme dar el lujo de echarme a llorar, puesto que tenía a una

hija que mantener, decidí ponerme a tejer, a coser, a cocinar dulces; en fin, a realizar un sinnúmero de actividades de tipo casero para poder mantener a tu mamá, quien siempre fue enfermiza pero muy amorosa y siempre estaba conmigo. Kuanza y después tú: Deborah, han sido lo más maravilloso que me ha dado la vida.

Todo este tiempo, sin poder conversar con mi hermana y contarle lo que me pasaba, ya que siempre hemos vivido atemorizadas de que nos encuentren, temores fundados, puesto que has visto que han venido a buscarnos, a pesar que nunca nos pusimos en contacto con la familia real de Ajabu.

CAPÍTULO 2

MI MADRE KUANZA Y YO

Abuelita Salomé, me has contado tu historia, pero que pasó con mi mamá y yo, porque eso también ha sido un secreto, solamente he visto a mi padre en fotografías pero jamás me han querido contar nada sobre él o su familia. Podrías, ya que te has decidido a revelar los secretos, contarme sobre mi padre.

Creo que tienes razón, Deborah, ya es tiempo de contar la verdad. Cuando tu madre tenía aproximadamente diecisiete años, conoció a un joven de veinte años, buen mozo, de nobles sentimientos, amoroso y muy trabajador; un negro alto y fornido, producto de un amor oculto entre el hijo, del dueño de las fincas bananeras, y una negra buena pero muy humilde, cuyos padres habían sido

esclavos en un país del norte; que habían tenido la suerte de escapar y llegaron aquí, al pueblo de Boca Ancha, donde siempre trabajaron en la casa del dueño de las bananeras. Se conocieron desde pequeños, y cuando crecieron se enamoraron pero tus bisabuelos; es decir, los abuelos de tu papá, quien se llamaba Robert, jamás permitieron que se casaran. La abuela de Robert, decía que cómo pretendía esa negra pobre que su hijo se casara con ella. Lo más curioso de esta historia, mi Deborah, es que tus bisabuelos, los abuelos Robert, también eran negros pero de una familia muy distinguida y adinerada.

Los padres del pobre Robert, eran de un corazón muy buenos, pero nunca pudieron vivir el gran amor que se tuvieron. Al padre de Robert, lo enviaron a Glaterra y nunca más regresó. Su madre, vendía frijoles y empanadas a las afueras del mercado. A los padres de la mamá de Robert, los

despidieron de sus empleos y, al ver que no tenían ni para comer, murieron de hambre y tristeza. Mientras que tu abuela quedó sola con tu padre, luchando por la vida. Con mucho esfuerzo y sacrificio, Candelaria, la mamá de Robert, lo envió a la escuela y la culminó con mucho esfuerzo. Cuando Robert tenía dieciocho años, su madre enfermó, fue entonces cuando decidió ir a visitar a los abuelos de Robert, para pedirles por favor, que le dieran empleo a su nieto en las bananeras, ya que ella tenía cáncer y pronto moriría. Fue entonces que el abuelo de Robert le dijo, que estaba bien que lo llevara pero que ni pensara que lo iba a poner a administrar sus negocios. El trabajo que le daría sería de un simple trabajador de bananeras, que tendría que contar las cabezas de plátanos con machete, cargar las cajas, sellarlas y enviarlas a su destino. Que debería agradecer lo que le ofrecía, ya que a cambio de eso le daría casa y comida, entendiendo que dormiría y comería con

el resto de los peones. Además, le pagaría cinco dólares diarios.

Tu abuela Candelaria, le dio las gracias pero salió llorando por saber el duro y cruel trabajo que le esperaba a su hijo.

Cuando Candelaria llegó a la casa, que alquilaba, le comentó a Robert y, a los escasos quince días falleció. Fue entonces cuando Robert empezó a trabajar en las fincas bananeras de sus abuelos.

Robert, jamás conoció a su padre, ya que nunca le permitieron regresar al pueblo de Boca Ancha y, además, aunque se casó con un inglesa, jamás pudo volver a tener hijos, ya que su esposa resultó estéril.

Los abuelos de Robert, a pesar de saber que él era su único nieto y que era un joven bueno y trabajador, nunca le quisieron ni le dieron el lugar que le correspondía en la familia.

Un domingo de navidad, cuando Robert ya estaba trabajando en las bananeras, fue a la misa de navidad y divisa entre las jovencitas que formaban parte del coro, a mi Kuanza, tu madre, Deborah. Entonces se le iluminaron los ojos y, yo que estaba sentada al lado suyo, sentí que alguien me hablaba al oído y me decía: “disculpe, sabe cómo se llama esa hermosa joven que está parada al final del coro”; y, yo, le contesté: por supuesto, es mi hija. Por qué la pregunta. Disculpe, señora, me contestó, no he querido importunarla. Es que no había visto una joven tan hermosa como ella. Le contesté, que no me había importunado, que ya me había fijado, cómo la veía, en otras ocasiones. No te preocupes, cuando finaliza la misa te la presento y si quieres te invito a la casa para la comida de navidad.

Abuela, cómo fue que permitiste que un extraño fuera a tu casa y conversara con tu hija. Bueno, Deborah, es que en realidad no

era tan extraño, puesto que yo conocí a su madre y sabía de su historia, aunque con él no había tenido mucho contacto.

Al final de la conversación y de la misa, nos fuimos los tres a la casa y, nunca más Robert dejó sola a mi Kuanza. Se casaron a los seis meses de noviazgo, por la iglesia y ante el juez. Una vez casados, les dije que no era necesario que buscaran un lugar para vivir, ya que yo estaba sola y que podíamos vivir todos juntos, que yo sería inmensamente feliz cuidando a los nietos que me darían. De esta forma, Robert aceptó. Al año de casados Kuanza queda embarazada de ti, mi hermosa niña. Robert, saltaba y gritaba de emoción cuando lo supo. Recuerdo que nos dijo: vístanse las dos porque me las voy a llevar a comer al restaurante de la Sra. Filomena, pero, Robert, eso va a salir muy caro, mejor ve tú con Kuanza solamente, no. Me dijo, usted es como mi madre, vamos todos o no va nadie. Está bien, le dije, vámonos pues.

Pasaron los meses, y al sexto mes de embarazo de tu madre, un fatídico miércoles, a mediodía, cuando hacía un sol brillante, tocaron a la puerta para avisarnos que a Robert lo había mordido en el brazo una culebra y que lo tenían en enfermería. Kuanza y yo corrimos a ver a Robert, pero cuando llegamos el Doctor nos indicó que Robert estaba muy grave, que no tenían antídoto para esa mordida. Entonces, yo le pregunté que por qué no lo llevaban al hospital, a lo que el médico nos indicó que tampoco había medicina, que la única solución era llevarlo en bote hasta el pueblo de Costa Esmeralda, para que lo medicaran y luego trasladarlo en barco hasta la ciudad de Valle Luna, pero que eso era muy costoso y el único que podía ordenar que hiciesen ese traslado era el dueño de las bananera, quien paradójicamente era el abuelo de Robert.

Me armé de valor, y pregunté que dónde estaba el patrón de ese lugar, Don Dámaso.

La secretaria me indicó, disculpe Doña Salomé pero el señor está en reunión con unos extranjeros y si se le interrumpe se molesta. Me dio tanto coraje, que le dije a la joven que no se preocupara y le abrí la puerta de un solo manotazo. Cuando Don Dámaso, me vio, me dijo que quién era yo y que quería. Entonces yo le expliqué quién era y que necesitaba que él me ayudara, porque la persona que estaba a punto de morir esa su único nieto. Pero todo fue en vano, ese perverso viejo, me insultó y me dijo que él no tenía nietos pobre y muertos de hambre, que por él, que se muriera. Antes de salir de allí, le dije que algún día él se arrepentiría de lo que había hecho.

Querida Deborah, fue así, como tu padre falleció cuando tu madre tenía apenas seis meses de embarazo. Cuando tú naciste, hacía tres meses que había muerto Robert. Pero, llegaste para alegrarnos la vida a tu madre y, a mí.

Mi Kuanza, desde el día que tú naciste, no tuvo ojos para más nadie, que para ti. Se ha consagrado a criarte, educarte, cuidarte y protegerte, en forma humilde y sencilla pero estoy segura que lo está haciendo bien.

Mira, Deborah, no te hemos dado lujos, porque no podemos, pero te hemos dado mucho amor y, además, te hemos enseñado la importancia de tener principios y valores morales y cristianos. Hija mía, no te pierdas en el camino. Porque el pobre lo único que tiene es su honra y la decencia.

Entonces, abuelita, esta es la historia de mi madre. Me parece hermosa y triste a la vez. Creo, también, que el inicio de mi vida ha sido lindo, porque nací fruto del amor. Gracias, abuelita por decidirte a contarme la verdad.

CAPÍTULO 3

DECIDIMOS IRNOS: OTRO CONTINENTE, OTRO MUNDO

Después de hablar mi abuela. Mama Mulata dijo: “me parece bien que toda la verdad haya salido a la luz; sin embargo, tenemos que decidir, qué vamos hacer. Si regresamos a nuestro país Ajabu o, si nos quedamos aquí, en el pueblo de Boca Ancha.”

Mi madre, que no había abierto la boca para nada, nos indicó que para tomar una decisión al respecto era necesario saber para qué, después de tanto tiempo, su tío, el príncipe Sujili, las mandaba a buscar. Que por qué, si durante todo este tiempo había sabido donde estaban ellas, no las había tratado de contactar. Fue entonces cuando Mama Mulata nos dijo que el enviado del príncipe

Sujili, le había dicho que el príncipe nunca se había casado, que se había convertido en un hombre triste y amargado, que siempre se arrepintió por haberlas delatado. Que en realidad el creyó durante mucho tiempo, que los matones de su tío Huzumi las habían matado. Que esa situación le hizo convertirse en un gobernante frío, malo, triste.

Nuestro hermano, el príncipe Sujili, logró convencer al Rey Huzumi, para que le otorgara el trono, una vez que se enteraron de sus orígenes.

El Rey Huzumi, una vez supo la verdad, se arrepintió de todo el mal que le había hecho, a su hermano, el Rey Kalala; y, lo que nos había pasado a nosotras. Nuestro tío, nunca se casó y nunca tuvo hijos. Nuestra madre al poco tiempo que nos fuimos de Ajabu, falleció y nuestro padre perdió el habla, hasta que enfermó y antes de morir nos llamaba y lloraba, hasta que murió. Pero antes de que

muriera, el príncipe Sujili, le dijo que él sabía dónde estaban sus hermanas y, que le prometía que las buscaría para traerlas de vuelta y devolverles lo que se les quitó. Su padre, le preguntó que por qué no le había revelado eso y, en cambio se lo había dicho al Rey Huzumi. Lastimosamente, nuestro hermano le dijo que no se lo había dicho, simplemente por celos y, porque no le perdonaba ni a él, ni a su madre, que las hubiesen escogido a ellas para escapar. Fue cuando nuestro padre le contestó, que mirándolo bien, él tenía que estar agradecido, porque quien tuvo mejor suerte fue él y no sus hermanas. En ese momento y llamándonos una vez más, murió.

Cuando mi tía abuela, Mama Mulata, terminó de hablar, yo, le pregunté a mi abuela que si podía decir algo y, fue cuando ella me miró y me dijo: “Claro que sí, hijita mía. Tú eres una princesa y tienes derecho a opinar.”. Abuelita, creo que debemos darle

un voto de confianza al príncipe Sujili, es probable que su arrepentimiento sea sincero y quiera ayudarnos. Vamos, pero si algo sale mal, nos regresamos.

Luego de mis palabras, todas nos miramos, nos tomamos de las manos y dijimos: ¡Hagámoslo!

Empacamos lo más importante y esperamos a que regresara el enviado del príncipe Sujili y nos fuimos rumbo al continente africano.

Llegó el gran día, nos fuimos, partimos en un gran barco, en camarotes de primera clase, con doce sirvientes a nuestros servicios que no paraban de decirnos princesas y, hacer por nosotras, todo lo que antes teníamos que hacer por nosotras mismas. Como cocinar, peinarnos, vestirnos, servirnos. Cada una de nosotras tenía dos señoras que nos acompañaban para todas partes, vestidas con sus grandes faldones largos, camisonas y un gran gorro que cubría sus

cabezas, cuando estaban frente a nosotras nos hacían una reverencia.

Una vez, en nuestros camarotes, abrieron grandes baúles con ropa nueva, diseñada especial para nosotras, también viajaban tres costureras para que nos arreglaran todo nuestro vestuario. Estuvimos navegando por espacio de dos meses. Cuando llegamos a Puerto Marfil, el más importante de Ajabu, no sé por qué razón empecé a sentir entre alegría y tristeza. Creo que sin saberlo, estaba extrañando mi país, mi pueblo, mi casa, mi verdadero hogar.

Al bajar del barco, nos estaba recibiendo con todo el equipo de sus Ministros de Estados, mi tío abuelo, el entonces ya Rey Sujili. Abrazó a mi abuela, a Mama Mulata y lloró largamente abrazado a ambas. Pasado un tiempo, se dio cuenta que mi madre y yo le acompañábamos. Le dijo a mi madre, eres igual a tu abuela cuando era joven y, a mí, me dijo eres el futuro de Ajabu.

Ese día, en el Palacio Real, se nos recibió con un gran banquete, había alrededor de quinientos invitados. Fue una velada larga, que resistí hasta el final. Cuando finalizó el banquete y se retiró el último invitado, el Rey Sujili, le dijo a mi madre será una gran mandataria algún día, pero ahora será mejor que descansen, mañana nos veremos a la hora del almuerzo y, conversaremos.

CAPÍTULO 4

MI VIDA Y ALGO MÁS

Espero, que lo que sigue a continuación sirva de inspiración a todas aquellas personas que en algún momento de su vida lea esta historia, que es real, pero en especial, que toda mujer que pueda llegar a tener este libro en sus manos sepa que el único límite que puede haber para conseguir sus metas, no es otro que ella misma.

Llegó el día del almuerzo con el Rey Sujili, durante el mismo, nos confesó que su vida había sido un infierno desde que mi abuela y Mama Mulata se fueron. El creyó siempre que sus padres las habían querido más a ellas que a él, por haberlas ayudado a escapar, ya que ellos estuvieron cinco años sin poder salir del Palacio Real, que cuando

su madre murió, su padre prácticamente enloqueció de dolor, que cuando cumplió doce años, con tan corta edad, decidió que tenía que hacer algo para mejorar su vida. Fue así, como le dijo a uno de sus sirvientes que él sabía dónde estaban sus hermanas, porque el temor del Rey Huzumi, siempre había sido que tú, princesa Salomé, reclamaras el trono. Es por eso, que me recibió y yo, le indiqué el lugar que le había oído decir a nuestros padres, negocié con nuestro tío que me contratara tutores, para que me enseñaran diferentes cosas, que me permitiera viajar y, que llegado el momento me nombrara en un alto cargo dentro del Gobierno Real.

Todas mis peticiones las aceptó, el Rey Huzumi, me dijo que todo me lo iba a conceder porque, quien a él le preocupaba, no era yo, si no tú, hermana Salomé, porque eres quien le sucedías a nuestro padre en el trono. Pero, también me dijo que supiera

que mi tranquilidad iba hacer a costa de la muerte de ambas. Me entristecí pero pensé en ese momento, que ustedes se merecían eso y, mi padre merecía pasar por un dolor más.

Quiero que sepan, que a partir de ese momento, no tuve un instante de tranquilidad en mi vida. Todo lo que conseguí iba de la mano de la tristeza y el arrepentimiento.

Jamás me casé, solamente tenía cabeza para trabajar, me convertí en el ser más amargado del Reino de Ajabu. Cada vez, que alcanzaba un triunfo pensaba que me lo había ganado, gracias a que ayudé para que las mataran.

Pasado el tiempo, nuestro padre, a pesar que ya se le permitía salir de su habitación, no quiso salir nunca más, comía muy poco, parecía que había perdido la razón.

Por otra parte, nuestro tío, al enterarse de la verdad sobre su origen, se sintió traicionado

y, que sin querer hirió a quienes eran su verdadera familia y, protegió los intereses de personas extrañas a él. Por esta razón, antes de morir me entregó toda su fortuna y, me confesó que nunca pudo matarlas y, que siempre supo qué había sucedido con ustedes. Que muchas veces intentó buscarlas pero prefirió esperar, hasta que enfermó y murió. Nunca conversó con nuestro padre, el Rey Kalala, porque él no sabía quién conversaba o no con él. Estaba totalmente perdido en el tiempo.

El Rey Huzumi, me pidió antes de morir, que en algún momento remediara el mal que ambos habían hecho. Es por todo esto, que ahora, que murió nuestro padre, el Rey Kalala, decidí buscarlas. Hermanas, ya estoy enfermo, el alcohol me ha hecho mucho daño, ya que fue en él, en quien me refugié.

Queridas hermanas Salomé y María Bárbara de la Caridad, el reino de Ajabu tiene muchos

problemas. Glaterra prácticamente ha invadido nuestro reino, tenemos traidores dentro de la Corona, yo no puedo con esto, lo más que podré soportar será un año o, tal vez, dos.

Mi abuela Salomé, dijo que no entendía cómo había pensado en nosotras para que le ayudáramos. Entonces, Mama Mulata, dijo: “Es que no vamos a ser ni nosotras, ni Kuanza, quienes te ayudemos, será nuestra Deborah, a quien le corresponde tomar las rienda de este reino y sacarlo adelante. Pero, ¡Cómo, puede ser eso!, exclamó, mi abuelita Salomé, no ves que nuestra Deborah, tiene tan solo quince años. Y, dijo, entonces, el príncipe Sujili, los suficientes para que la entrenen los asesores, estudie con los mejores maestros y se titule en la Universidad de Fraca. Pondré todo de mi parte, para resistir cinco años. Bueno, así fue, fueron cinco años de estudios sin cesar.

A la edad de veinte años me había recibido de Maestra en la Universidad de Fraca y

de Abogada en la Universidad de Ajabu. Me gradué con la sola intención de liberar a un pueblo, que antes había rechazado a mi abuela, mi tía abuela, mi madre y, hasta mí, pero que ahora necesitaba de una reina capaz de rescatar su identidad, su idiosincrasia y su soberanía.

El día que me gradué de Maestra, mi tío, el príncipe Sujili, me dijo: “Querida sobrina, ahora tendrás las herramientas necesarias para llevar la luz del conocimiento a tu pueblo”; y, cuando recibí el Diploma de Abogada, recuerdo que dijo: “Salomé, por fin, nuestro pueblo será libre, porque llegó Deborah para hacerlo libre.”

Mi tío, antes de morir me coronó como la nueva Reina de Ajabu; en ese momento todo el equipo de ministros apoyó la elección pero al mes de ocurrido esto, fallece el príncipe Sujili y aquellos que apoyaron mi reinado estaban preparándose para derrocarme y, es ahí, cuando empieza mi batalla como guerrera.

Luego, que mi ministro consejero, un fiel amigo del príncipe Sujili, me pone en conocimiento de todo lo que acontece, le indico que reúna a los ministros fieles a la Corona, lo antes posible, en la Oficina Real; y, mientras esto sucede, me reúno con mi madre, mi abuela y Mama Mulata (nunca dejé de llamarla así; y, a ella le gustaba), dije que iba a jugarme el todo por el todo; que por favor, empezaran a orar y, que no finalizaran hasta que terminara la reunión. Que yo sabía a qué hora empezaba, pero no sabía ni cómo, ni a qué hora finalizaba. Ellas un poco preocupadas, me dijeron que fuera con mucha fe en Dios, que confiaban en que el Espíritu Santo no me iba abandonar y, que saldría exitosa de todo eso.

Cuando entre a la Oficina Real, para mi sorpresa, todos los ministros estaban allí, les pregunté que por qué algunos quería impugnar mi reinado. Le di la palabra a cada uno de ellos, pero fue el coordinador de

todos ellos quien me indicó que el problema radicaba en que el verdadero Rey de Ajabu, fue el Rey Kalala, que a su muerte, quien le debió suceder era su hija mayor, es decir, la princesa Salomé y, que esto no había sucedido así. Volví a preguntar, si alguno de ellos consideraba que había otra razón, fue cuando el más viejo de todos indicó, que además, de eso, yo era una mujer y muy joven; por consiguiente, no podía, ni debía ascender al trono.

Luego de escuchar atentamente lo que cada uno expresó, les enumeré el nombre de los príncipes, de los reinados vecinos, que habían ascendido a Reyes y, les pedí que, por favor, me indicaran las edades de cada uno al momento de su coronación. Cuando dije eso, resultó que todos esos príncipes de los cuales estaba hablando eran hombres y, el último, ascendió al trono a la edad de veinte años (mi misma edad) y era quien nos estaba tratando de invadir militarmente.

Quiere decir, les indique, mirándoles a los ojos a todos, que su rechazo hacia mi persona se debe principalmente a que soy una mujer. Sin embargo, quiero que sepan que ninguno de los príncipes ascendidos a reyes que les mencioné tiene un título académico y, en mi caso, tengo dos. Además, si revisamos la leyes de este Reino, nos podemos dar cuenta que al trono se puede llegar por dos razones: por ser el hijo o hija primogénito (no se hace distinción entre hombre o mujer); o, la otra causa, es que el gobernante de otro reino invada y, a su muerte quedará como Rey, la persona que el gobernante del país vencedor designe y, así será sucesivamente. Esto quiere decir, que en vista que el Rey Huzumi, invade al reino de Ajabu, derrocando al Rey Kalala, es él quien queda como Rey de Ajabu y, por ende, solamente él y su sucesor podían indicar quiénes quedaban al mando del reino cuando ellos falleciesen. En este caso, el Rey Huzumi, designó a mi tío abuelo, el Príncipe

Sujili, quien antes de morir me designó a mí, teniéndoles a todos ustedes como testigo y, les recuerdo que ustedes juraron ante Dios, lealtad a la Reina Deborah, que soy yo.

Estimados consejeros reales, les pido un voto de confianza, recuerden que el enemigo no soy yo. El enemigo, es el reino de Glaterra, que nos quiere invadir. Les propongo un trato, apóyenme, cumpliendo todos los mandatos para evitar la invasión y mejorar a nuestro pueblo y, en un lapso de tiempo de cinco años, estaremos celebrando elecciones democráticas, en las cuales será el pueblo, a través de un plebiscito quien escogerá tres candidatos que deberán hacer campaña electoral justas y limpias, siendo el pueblo en las urnas quien al final escogerá a su presidente por espacio de cinco años y, esto será así siempre. Con esto aboliremos la monarquía, ya que los pueblos verdaderamente libres son repúblicas y no monarquía. Esto debe ser así, porque todos

los seres humanos somos iguales y tenemos los mismos derechos.

Cuál fue mi sorpresa, que al terminar de decir mis propuestas todos los ministros, excepto uno, el más joven de ellos; se pusieron de pie, aplaudieron y me brindaron todo su apoyo. Sin embargo, el que se quedó sentado me indicó que no creía en lo que había dicho y, aunque estaría conmigo iba a estar vigilante de todo lo que hiciera. El resto de los ministros me aconsejaron que lo eliminara del Consejo, pero les indiqué que prefería tener el enemigo cerca, para controlarlo mejor, que lejos y no saber qué estaba tramando. Fue cuando, en privado, designé al anciano amigo de mi tío, para que le diera un seguimiento, a él y, a todos. Le dije no podemos descuidarnos. Pero lo que él, no sabía, era que también estaba siendo investigado pero por Mama Mulata, ya que esta me había dicho que le había invitado a pasear en varias ocasiones. Le dije a Mama

Mulata que tenía que enamorarlo y, casarse si era necesario. Pero, Deborah, a mi edad. A lo que le contesté: “Mama Mulata, estamos en guerra y tengo que ser: Abogado, Juez y Diablo.”

Con el transcurso de los días diseñé un plan estratégico de trabajo, que consistía en visitar los tres reinos fronterizos con el Reino de Ajabu, para conversar con sus respectivos mandatarios. Mi plan consistía en que firmáramos un acuerdo de ayuda mutua entre los cuatros reinos, en el cual nos comprometíamos a brindarnos apoyo militar, humanitario y logístico, en caso que alguno de nosotros fuera invadido por algún gobierno extranjero. Además, propuse que para evitar una rebelión interna entre nuestra población, deberíamos mejorar la calidad de vida de ésta. Ellos aceptaron, señalé que nos pusiéramos de acuerdo en cómo sería nuestra forma de trabajo, y, me señalaron que diseñara las estrategias

y luego las discutiríamos. Como en esta vida hay que estar siempre preparados e ir un paso delante de los acontecimientos, ya traía yo, un borrador de las propuestas. Se las repartí a todos, y se quedaron mirando unos a otros, diciéndome: Reina Deborah, es usted una mujer muy organizada. A lo que les contesté, no es que sea organizada, es que sabiendo que ustedes son gobernantes con experiencia, que han sabido llevar hacia adelante a sus pueblos, aún en la adversidad, me sentí comprometida con ustedes de prepararme lo mejor posible, para convertirme en la mejor de sus alumnas y su más ferviente colaboradora. Después de estas palabras, leyeron rápidamente los puntos que había redactado y los aprobaron en forma unánime.

Al regresar a mi país, redacte un manual para enseñar a leer y, a escribir. Una vez, terminado el manual, mandé a imprimir miles y miles de ejemplares. Reuní a todos

mis ministros consejeros, indicándoles que la alfabetización iba a empezar por todas las mujeres del reino, luego ellas enseñarían a sus hijos. Que no solamente los varones o, los hijos de las personas pudientes e influyentes en el reino iban a tener acceso a los estudios. Empezamos los círculos de alfabetización hasta que todas las mujeres de mi país aprendieron a leer y escribir. Las mujeres de Ajabu se convirtieron en mis mejores aliadas y con esto conseguí que siempre les estuvieran hablando bien de mí a sus maridos. Que le dijese que tenían que apoyarme. Porque, además, jamás las persuadí para que dejaran de lado sus costumbres, sobre todo la de ser mujeres dedicadas a su hogar. Recuerden que las batallas se ganan con astucia. Tenía que defender a las mujeres pero también a los varones porque todos forman parte de mi pueblo. Es decir, mientras que defiende a un grupo, tengo que dirimir los conflictos que surgen entre ellos y, a la vez, mi deber

es cuidar los intereses de todos, incluyendo los propios. A partir de ese momento, Mama Mulata, mi abuela y mi mamá, me llamaban Deborah: abogada, juez y diablo.

Después que logro formar los grupos de maestras y maestros de alfabetización, decido conformar grupos de intercesores que se ocupen de interceder por mi pueblo y por todo aquello que estábamos emprendiendo en su beneficio. De tal manera, que todo el mundo se sentía importante, que estaba participando por el mejoramiento y la defensa de su pueblo, de su país, de su tierra y de su hogar.

Empecé a organizar todas las leyes que existían en Ajabu, para eso me reuní con todos los profesores de la Universidad de Ajabu, indicándole que no podíamos dar clase de Derecho, en nuestra Casa de Estudio, basándonos en el sistema de leyes de Glaterra, siendo este el reino que nos pretendía invadir; ni de ningún otro reino o

país, ya que debíamos contar con nuestras propias leyes y, que consideraba que teníamos que tener una diferencia entre una Carta Magna o Ley Suprema y otro conjunto de leyes que deberíamos agrupar por temas, formando códigos. Los profesores consideraron muy interesante la propuesta y empezaron a trabajar en ese proyecto.

Luego de un año de reinado, viajé con tres, de mis nueve ministros consejeros, a Glaterra y me entrevisté con el Rey Basilio. Él, al verme entrar a su Palacio con mis atuendos africanos, me dijo que era muy hermosa pero, a la vez, muy osada, puesto que si no me había dado cuenta que él estaba en avanzada para invadir mí reino y convertirlo en parte de Glaterra. Pero sin manifestarle mi molestia, le dije que sí estaba al tanto de todo eso, pero que también sabía que él era un hombre de Dios, que creía en el diálogo y, por eso me había atrevido a realizar el viaje a su reino, para conversar temas de interés para ambos.

El Rey Basilio, una vez dicho esto, se alteró un poco y me dijo que estaba bien pero que lo harían a su modo. Por el momento, que me fuera a las habitaciones que habían designado para mí y mis acompañantes, luego cenaríamos y, al día siguiente conversaríamos en el desayuno.

Al hora de la cena, pasé un mal momento, el Rey Basilio quien era un hombre déspota que no gustaba de las personas de tez negra, me pregunta que cómo había hecho una mujer negra para estudiar. Le respondí que al pertenecer a la nobleza africana, las cosas habían sido relativamente fáciles para mí. Que aunque era una mujer negra, era un ser humano con derechos y, era además, una Reina con obligaciones para con mi pueblo y, todos los demás reinos hermanos. Pero esto no fue nada en comparación con lo que me aguardaba. Resulta que en la cena se encontraba mi abuelo paterno, el padre de mi papá. Por supuesto que yo, en

ese momento, no lo sabía. Me presentan a Sir Charles, un millonario filántropo y máxime colaborador financiero del Reino de Glaterra.

Sir Charles se me quedó viendo con insistencia y me dijo: “Tiene usted unos hermosos ojos, no sé por qué razón he sentido un profundo deseo de abrazarle y protegerle.” Muchas Gracias, Sir Charles, pero he de decirle que yo he sentido que lo conozco de alguna parte, pero debe ser que nos une nuestra tez negra y, es probable que nuestras raíces étnicas.

Finalizó la tormentosa cena y me retiré a mis habitaciones. Al día siguiente, muy temprano, ya estaba preparada para la primera reunión de trabajo con el Rey Basilio. He de confesar que me fue mal, en esa reunión. Los consejeros del Rey Basilio y él mismo no hicieron otra cosa que burlarse de todas las propuestas que traía. Al final, el Rey Basilio me dijo en forma

sarcástica, que él creía que yo debería ir a estudiar un poco más de cómo ser Reina y no meterme en problemas pero yo, sin mostrar disgusto alguno le contesté que seguiría su consejo y, que estaba segura, que ésta sería la primera de muchas reuniones que tendrían y, que era probable que la próxima sería la convocada por él mismo, para invitarme a que empezáramos a discutir cómo llevaríamos a cabo el plan estratégico de trabajo que le había causado tanta risa y buen humor. Me retiré con ganas de patearle la cara, mi equipo recogió todo mi equipaje y regresamos a Ajabu.

Cuando iba en el barco de regreso a mi país, me acordé que Sir Charles me había entregado una tarjeta de presentación; la busqué, la leí y decidí enviarle un emisario una vez, que llegara al reino de Ajabu.

Al llegar al Palacio Real, me reuní como siempre con mi abuelita Salomé, mi madre y Mama Mulata, les conté todo lo que me

había sucedido y, sobretodo lo de aquel señor: Sir Charles, que había conocido y lo que me dijo.

Mama Mulata, inmediatamente terminé de hablar, cerró los ojos y dijo: “Capullito de alelí, el pasado regresa para saldar cuentas pendientes.”. A todo esto, mi abuelita Salomé, dijo: mejor vámonos a dar gracias porque regresaste con bien, lo demás ya Dios se encargará de solucionar.

Al día siguiente envié de regreso a Glaterra, a uno de mis secretarios de mayor confianza, para que localizara en la dirección que decía la tarjeta, a Sir Charles, le indicara que lo invitaba al Reino de Ajabu, porque tenía mucho interés en conversar con él. Que le había enviado el emisario porque él se ofreció a ayudarme, cuándo yo se lo pidiese. A los quince días llegó de regreso mi secretario particular con Sir Charles. Cuando en la cena que ofrecí en su honor, lo vio mi abuelita Salomé, no se pudo contener

y empezó a llorar. Mama Mulata, le decía que por favor, se calmara y, que le explicara que sucedía, entonces le explicó que ese hombre era el papá de Robert, el abuelo de Deborah.

Mama Mulata, le dijo a su hermana, que tenía que disimular porque podría estar confundida, pero que esperara para ver que reacción tendría Sir Charles, cuando la viera.

Al entrar las hermanas al Gran Salón, para la cena ofrecida en honor de Sir Charles, yo, también noté que mi abuela había llorado y, que estaba un poco alterada pero no dije nada porque faltaba poco tiempo para que entrara el invitado especial y estaban ya todos los demás invitados.

Cuando Sir Charles, entró, me saludo y fue saludando a todas las personas que estaban en el salón pero cuando llegó donde mi abuela Salomé, se le quedó mirando

fijamente y le dijo: “¡Salomé!, eres tú”. Sí, soy yo, la amiga de Candelaria, la madre de tu hijo Robert, a quien tu padre trató como un perro y lo dejó morir de igual manera. Esta que tú ves aquí, la Reina Deborah, mi nieta, es tu nieta también, porque es la hija que tu hijo Robert tuvo con mi hija Kuanza.

Sir Charles, al oír estas palabras me abrazó, lloró y me pidió perdón públicamente por no ser lo suficientemente valiente para defender a su hijo Robert. Esperaba ahora, que sabía de su existencia poder resarcir el daño que involuntariamente le había ocasionado. Una vez escuchada estas palabras, le dije: “Abuelo, ¿Puedo llamarle así, verdad?, qué te parece si cenamos y mañana conversamos tú y yo en el desayuno detenidamente. Aceptó mi propuesta y, así lo hicimos.

A la mañana siguiente, en el desayuno, Sir Charles o, mejor dicho mi abuelo, me preguntó que cómo podía ayudarme.

Entonces le contesté, que lo que podía hacer por el momento era tratar de presionar al Rey Basilio, diciéndole que retiraría todas sus inversiones y apoyo económico que le daba al Reino de Glaterra si no me citaba urgentemente a una reunión, para llegar a un acuerdo de paz y que pudiéramos llevar a cabo el plan estratégico que yo le había presentado. Sir Charles, me respondió que lo iba hacer, pero que no abrigara tantas ilusiones, ya que el Rey Basilio, a veces no medía las consecuencias de sus actos, era soberbio y no le importaba con nada.

Un aspecto que me ayudó mucho, fue que el reino de Glaterra estaba en bancarrota, debido a tantas guerras innecesarias que había ordenado, pero sobre todo al mal manejo que de las riquezas había hecho el Rey Basilio, razón por la cual requería del apoyo de Sir Charles.

Cuando Sir Charles llegó a Glaterra, no tuvo que solicitar una audiencia con el

Rey Basilio, puesto que éste había enviado a un secretario a que estuviera pendiente cuándo llegaba de su viaje, para que fuera al Palacio Real hablar con él. Entonces, Sir Charles, que era un viejo zorro, esperó a que el Rey Basilio hablase y le dijera que era lo que quería y, al darse cuenta que necesitaba dinero, le dijo que lo podía ayudar con la condición que se reuniese con la Reina Deborah, quien era su nieta, para que firmaran un acuerdo de paz, a través del cual se comprometía a no invadir el reino de Ajabu y, a, determinar la forma en que se ejecutarían las estrategias que ella había diseñado en el plan de trabajo que le había presentado en su pasada visita a Glaterra. Para mi suerte, el Rey Basilio estaba tan desesperado que aceptó.

Una vez, reunidos el Rey Basilio y yo, firmamos un acuerdo de paz entre nuestros reinos y los reinos que colindaban con Ajabu. Empezamos a trabajar en conjunto y vino

un período de paz, tanto para el continente Europeo como para el continente Africano.

Al transcurrir los cinco años de mi reinado, los países del continente europeo y los del continente africano decidieron darme el Premio de la Paz, por haber sido la única Reina que había logrado consolidar la paz entre sus países.

Aquí no finaliza mi historia, mi pueblo me eligió para que gobernara como presidenta de mi nación por cinco años más. Una vez finalizado este período, me casé con un maestro rural, quien era un hombre culto, bueno, trabajador, guapo, que hablaba varios idiomas, sencillo, proveniente de una familia humilde y, decidimos irnos a vivir a mi verdadero pueblo, a mi querido y siempre recordado Boca Ancha, ubicado en la República Canalera. Allí, en esa tierra que me vio nacer, construí la más maravillosa escuela que jamás ha tenido mi país, fundamos mi esposo y yo, una Universidad y un Centro de Ayuda Humanitaria.

Mi abuelita Salomé falleció al poco tiempo que me casé, después le siguió Mama Mulata y, al tiempo que nacieron mis dos primeros hijos, murió mi madre. Pero todas, regresamos a nuestro pueblo, a Boca Ancha, allí las enterré.

Tuve cinco hijos, con mi esposo, nunca más regresamos a Ajabu. Escribí alrededor de cien libros, fui galardonada con muchos premios pero el mayor de todos fue el haber encontrado a un hombre bueno que siempre estuvo a mi lado y, con quien engendré cinco hijos: un varón que fue general del ejército; un varón que fue médico; un varón que fue un sacerdote consagrado; una mujer que fue abogada; y, mi última hija, quien fue maestra.

Logre tener veinticinco nietos y muchos, pero muchos hijos espirituales que fueron mis alumnos, mis queridos estudiantes, para quiénes escribí la historia de mi vida, para dejar con ella mi última enseñanza:

la vida es lucha, la vida es amor, la vida es un viaje maravilloso en el cual nos vamos a encontrar múltiples adversidades que si sabemos sortearlas, alcanzaremos todas nuestras metas, pero para ello tenemos que aprender a convertirnos en abogado, juez y diablo.